

XIII.

Una vez reunido el consejo, uno de los sacerdotes hizo uso de la palabra; y combatiendo la oferta del jefe español, recordó á los mexicanos lo poco que debían esperar de sus enemigos, una vez que el mismo Motecuhzoma había sido víctima de ellos, y aun el propio Xicotencatl, su fiel aliado, había sido sacrificado á la bárbara ambición de los españoles. Este discurso, elocuentemente pronunciado, decidió á algunos personajes; y desde entonces se tomó la resolución de seguir defendiendo la ciudad, hasta no quedar uno solo de los combatientes. Cuauhtemoc aplaudió tal decisión que tan bien se adunaba á su inquebrantable espíritu; y según Bernal Diaz, pronunció estas memorables palabras, que demuestran cuánta era la energía y el valor del que las pronunciara:

— “Pues que esto es así, guardad mucho los bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando, y de aquí adelante, ninguno sea osado de pedirme la paz, pues yo le mataré. Al menos muramos como mueren los guerreros.”

Este rasgo de indómita energía, levanta á Cuauhtemoc á una altura prodigiosa; pues no conocemos en la historia per-

sonaje alguno mas lleno de valor y de patriotismo, ni que en tan solemnes momentos se haya atrevido á pronunciar tan notables frases.

En vano esperaron los españoles, durante dos días, que el emperador azteca contestase su embajada: la mas terrible salida y el mas sangriento combate fueron las respuestas de Cuauhtemoc.

En su despecho, los sitiadores apresuraron las operaciones, y la pobre ciudad fué mas duramente tratada: desde entonces el fuego de la artillería hízose espantoso, lo mismo que el de los mosquetes; el humo denso del combate y del incendio envolvían día y noche á la capital del imperio.

— “Destruid, destruid, decían los mexicanos á los tlaxcaltecas, que si vencemos tendreis vosotros que reconstruir, y si vencidos, los españoles se encargarán de trataros como á esclavos.”

Tal profecía no se hizo esperar mucho.

Los combates eran continuos; ni un instante dejaban de atacarse sitiados y sitiadores, repitiéndose como en Tlacopan los combates personales, que muchas veces tuvieron lugar en las azoteas de las casas y á la vista de los dos ejércitos. Ya la division que mandaba Cortés había podido avanzar hasta la calle real de Tlacopan y unirse con la de Alvarado á poca distancia del palacio de Cuauhtemoc, que estaba defendido por una pequeña guarnición. Asaltóse con empeño el edificio; y despues de ocupado, fué entregado á las llamas y demolido hasta sus cimientos.

Los sitiados habíanse retirado hácia Tlaltitlulco, que, como se sabe, estaba unido á Tenochtitlan por la parte del Norte. Ya la situación de sus defensores no podia ser peor; privados de todo alimento, usaban las cortezas de árboles como sus mas gratos potajes, lo mismo que los mas asquerosos reptiles. La pestilente agua de las acequias, era la que se usaba para los soldados y para el pueblo; y para que nada faltase á tanta miseria y á tanta desgracia, la mas terrible peste habíase desarrollado entre los hijos del Anahuac. Los

millares de cadáveres insepultos, la corrupcion de las aguas estancadas, y otras causas, decidieron la epidemia que diariamente hacia disminuir mas y mas á los soldados tenochca. Estos casi no podian ya sostenerse en pié; desfallecidos y hambrientos, solo tenian fuerzas para combatir, procurando encontrar la muerte en el combate, mas bien que seguir viviendo rodeados de tantas desdichas y miserias. Solo el espíritu de Cuauhtemoc parecia ageno á tantas calamidades: ocupado constantemente en dirigir nuevas fortificaciones, en intentar salidas y en rechazar el avance de los sitiadores, no daba á su cuerpo ni el tiempo bastante para su descanso. " Cuando los invasores entraban al interior de las casas, dice un historiador, ofrecíase á sus ojos un espectáculo espantoso. El pavimento estaba cubierto de cuerpos, los unos todavia en los horrores de la agonía, los otros ya corrompiéndose: hombres, mujeres y niños, todos confundidos y respirando aquella atmósfera infecta: la madre con sus hijos pereciendo de hambre en sus brazos, sin poder darles el alimento que les destinaba la naturaleza: los hombres, acribillados de heridas ú horriblemente mutilados, imploraban vanamente á los enemigos pusiesen término á sus padecimientos. Pero con todo, aun en aquel extremo de miseria, en vez de demandar piedad, se arrojaban sobre los invasores con la misma ferocidad que el tigre herido á quien persigue el cazador hasta su guarida en las selvas. El general español dió orden de que se guardase miramiento con estos míseros é inutilizados hombres; pero los aliados la despreciaron, porque para ellos no habia distincion posible: los aztecas eran enemigos suyos, cualquiera que fuese la situacion en que se encontrasen; y en medio de espantables gritos de triunfo, dejaban caer los incendiados techos sobre ellos, y envolvian en una misma hoguera fúnebre á los vivos y á los muertos! "

No solo los hombres eran tan denodados en la ciudad sitiada; las mismas mujeres, segun la asercion de Bernal Diaz, Oviedo y otros historiadores, portábanse con un valor asom-

broso, tomando parte en los combates, ayudando en sus fatigas á los soldados, conduciendo municiones, retirando á los muertos ó velando por los heridos. ¡Dulcísimo consuelo para aquellos infelices que soportaban con tanto heroismo, los mas terribles sufrimientos!

XIV.

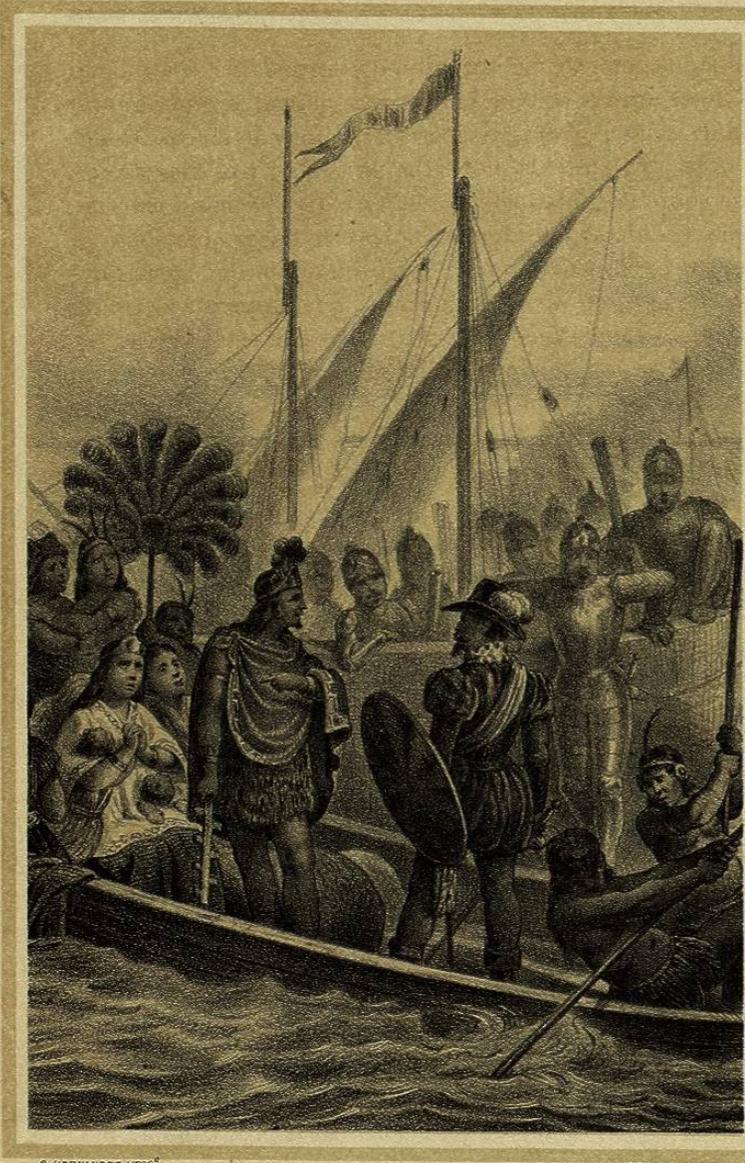
Por fin, el templo de Tlaltilulco cayó en poder de Alvarado, siendo entregado á las llamas. La guarnicion que le defendia toda pereci6 en su defensa.

Siete octavas partes de la ciudad estaban ocupadas y destruidas; y la que algunos meses antes era la ciudad mas rica é importante, desaparecia entre un monton de escombros, de cenizas y de cadáveres

Cuauhtemoc estaba reducido á un insignificante islote de Tlaltilulco, adonde le habian seguido sus valientes. Este islote, segun la opinion del sábio mexicano D. J. Fernando Ramirez, era el estrecho que se extiende del Cármen á la iglesia de Santa Ana. Las municiones estaban casi agotadas, los arcos y las flechas habian disminuido considerablemente; pero esto no obstante, peleaban todavia con sumo entusiasmo, lo mismo que en las pimeras horas del sitio.

No era ya posible sostener un dia mas la defensa, pues los soldados caíanse muertos de debilidad y de hambre; y la peste, la mas encarnizada enemiga de los ejércitos, se encargaba de atacar á los mas valerosos y decididos.

El 11 de Agosto de 1521, Cortés, sabiendo la situacion de



PRISION DE CUAHUTIMOC

los sitiados, emprendió un último y formidable asalto, que tuvo lugar durante un día entero, y en el cual, á creer lo que cuentan algunos cronistas, perecieron mas de cincuenta mil hombres. Durante la noche, la oscuridad y el silencio reinaron sobre la ciudad sitiada: sin embargo, hácia un extremo de ella, tratábase por algunos nobles de hacer abandonar el campo al bravo Cuauhtemoc. En vano fueron las súplicas de sus amigos, en vano las lágrimas de la emperatriz y de las princesas. Cuauhtemoc solo respondia con estas frases:

“ Mi deber, mi honor y mi pueblo me obligan á morir en la ciudad. ”

Inútiles fueron los esfuerzos que se hicieron para decidir á Cuauhtemoc, el que en vanas repulsas perdió el tiempo mas favorable.

Al amanecer del 13 de Agosto, moviéronse las fuerzas españolas para intentar otro asalto: la defensa fué desesperada; pero conociendo el emperador la inutilidad de sus esfuerzos, aceptó hácia las tres de la tarde las proposiciones de sus amigos y parientes, de abandonar la ciudad que tan hábilmente habia defendido. Al efecto, hizo embarcar en una canoa á la emperatriz y á las princesas, y haciéndolo él mismo, dióse la señal de la partida.

Los remeros, despues de tantas fatigas, apenas avanzaban en la laguna, lo cual, visto por los barcos españoles, emprendieron la persecucion de la canoa, que creyóse simplemente cargada de guerreros. García Olguin fué el gefe de la persecucion, que un viento favorable hizo demasiado fácil y violenta.

Abordada la canoa, Cuauhtemoc aprestóse á vender cara su existencia; pero notando que los soldados españoles ya no le apuntaban, dijo á su jefe con sonoro acento:

“ ¡Yo soy Cuauhtemoc, conducidme ante el Malintzin; pero no toqueis ni á mi mujer ni á nadie de los que me acompañan! ”

Hé aquí en estas magníficas palabras pintado el carácter y entereza del célebre Cuauhtemoc. ¡Qué valor! ¡Qué nobleza!

¡Qué serenidad! Los grandes héroes son los únicos que pueden dejar á la posteridad el recuerdo de sus mas sencillas frases. Cuauhtemoc no trató, pues, ni de procurarse un perdon ridículo, ni de defender su rango y su nobleza: únicamente defendía á su familia y á su pueblo. ¡Qué diferencia de los magnates que en esos tiempos ensangrentaban el suelo de la Europa!

Segun Humboldt, el lugar donde fué hecho prisionero Cuauhtemoc debió ser entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago y el puente de Amaxac.

Entretanto ocurría en la laguna lo que hemos relatado, seguían el asalto y la matanza en la ciudad, que solo terminó al saberse la prision del emperador.

Las lágrimas mas sinceras bañaron el rostro de los pocos valientes que quedaban; algunos se dieron la muerte, y otros recorrían las calles llenando el aire con ayes de desesperacion.

La ciudad fué ocupada, contemplándose entonces escenas espantosas de miseria y desolacion. Montones de cadáveres, soldados débiles y macilentos, mujeres exhaustas, por todas partes hambre, ruinas, sangre y soledad; tales eran los frutos recogidos por los sitiadores despues de tres meses de un sitio espantoso.

Cuauhtemoc fué conducido inmediatamente á la presencia de Cortés, quien, al saberlo, dispuso se adornase con esteras la azotea donde pensaba recibirlo. Cuauhtemoc venia perfectamente escoltado, y llegando al cuartel general, adelantóse con solemnidad y subió adonde estaba Cortés. Probablemente le conocia bien, porque antes de que el jefe español le hablase, el emperador, con magestuoso y melancólico acento, se acercó y le dijo:

“Véome reducido á ser vuestro prisionero; pero esto despues de haber hecho cuanto he podido para defender á mi pueblo.”

Y poniendo la mano en la daga que ceñía el conquistador, agregó:

“Y puesto que no he podido morir en su defensa, castellano, arráncame la vida, que es inútil ya para mi patria.”

Estas sublimes palabras, pronunciadas con tanta energía como sencillez, enaltecen al que las decia, y á traves de tanto tiempo como ha trascurrido, nos le presentan como el tipo mas completo del patriotismo, tan solo comparable y acaso superior á las grandes figuras de la antigüedad.

Llenos de admiracion todos los que le escucharon, al ver en el jóven monarca tanta decision y tanto patriotismo, y aun el mismo Cortés, haciéndose intérprete de todos, dijo á Cuauhtemoc:

“No temais, sereis tratado con honor, pues habeis defendido vuestra ciudad como un valiente, y los españoles respetan al valor donde quiera que le encuentran.”

Engañadoras palabras que el mismo Cortés encargóse de desmentir mas tarde, con una conducta indigna y miserable!

Ni en su prision olvidaba el jóven azteca las consideraciones que debia á su pueblo; y así suplicó á Cortés que permitiese salir de Tenochtitlan á los desgraciados que la habitaban.

Dióse, en efecto, la órden, y todavia salieron de la ciudad mas de setenta mil hombres, últimos restos, puede decirse, de una poblacion antes numerosa, activa y feliz.

El espectáculo aquel debe haber sido horrible: durante tres dias, mujeres y niños estuvieron abandonando aquellas ensangrentadas ruinas, cuyos escombros habian enterrado con sus mas queridos seres, la independenciam de la América. Pocos ó ningunos hombres habian sobrevivido al sitio, á creer lo que dice Ixtlilxochitl, quien asegura que apenas quedaron vivos algunos señores y caballeros y los mas *niños y de poca edad*.

Muchos perecieron en su peregrinacion, y otros, llorando sus desventuras, fueron á los bosques mas sombríos en busca del sosiego y de la quietud que se les arrebatava. Al salir volvian el rostro de cuando en cuando para contemplar

de lejos aunque fuese, el lugar donde antes habia existido la señora del Anahuac.

Cortés dice que durante el sitio, perecieron por la guerra y por la peste mas de 117,000 hombres; esto sin contar los que habian muerto en los varios encuentros que precedieron al asedio de la ciudad. Ixtlilxochitl los hace subir á la enorme cifra de 240,000, y Bernal Diaz cree que la pérdida fué superior á la del sitio de Jerusalem, donde sucumbieron 1.000,000 de individuos!



XV.

Desocupada la ciudad trataron los españoles de dos cosas: de desinfectarla haciendo enterrar los cadáveres, y de buscar el rico botin que pensaban encontrar; pero sea que el imperio azteca no quisiese atesorar grandes sumas, ó que estas fuesen ocultadas préviamente, los españoles no pudieron recoger mas que una insignificante cantidad que se repartieron, cediendo una pequeña parte á los aliados, á quienes debian tantos sacrificios y tan enérgica cooperacion, despidiéndoles inmediatamente, y asegurándoles que serian bien recompensados por sus monarcas respectivos.

Ya solos los españoles, celebró Cortés su victoria con un opíparo banquete, y con espantosas orgías que merecieron la reprobacion del padre Olmedo, quien indicó la conveniencia de dar gracias al Altísimo con una solemne procesion. Así se hizo, en efecto, esta ceremonia religiosa, sin temor de ofender á la misma Divinidad, hollando un terreno empapado todavia con la sangre de tantos mártires! *

* Recomendamos á nuestros lectores la lectura del artículo relativo á este asunto, que el distinguido Sr. Orozco y Berra escribió en el Diccionario de Geografía y Estadística.

No podían algunos de los conquistadores conformarse con el botín que habían hallado; y creyendo que los tesoros de los aztecas y de la monarquía habían sido enterrados, decidieron llevar á cabo la mas torpe, la mas criminal, la mas inícuca de las felonías, y el acto mas bárbaro y salvaje.

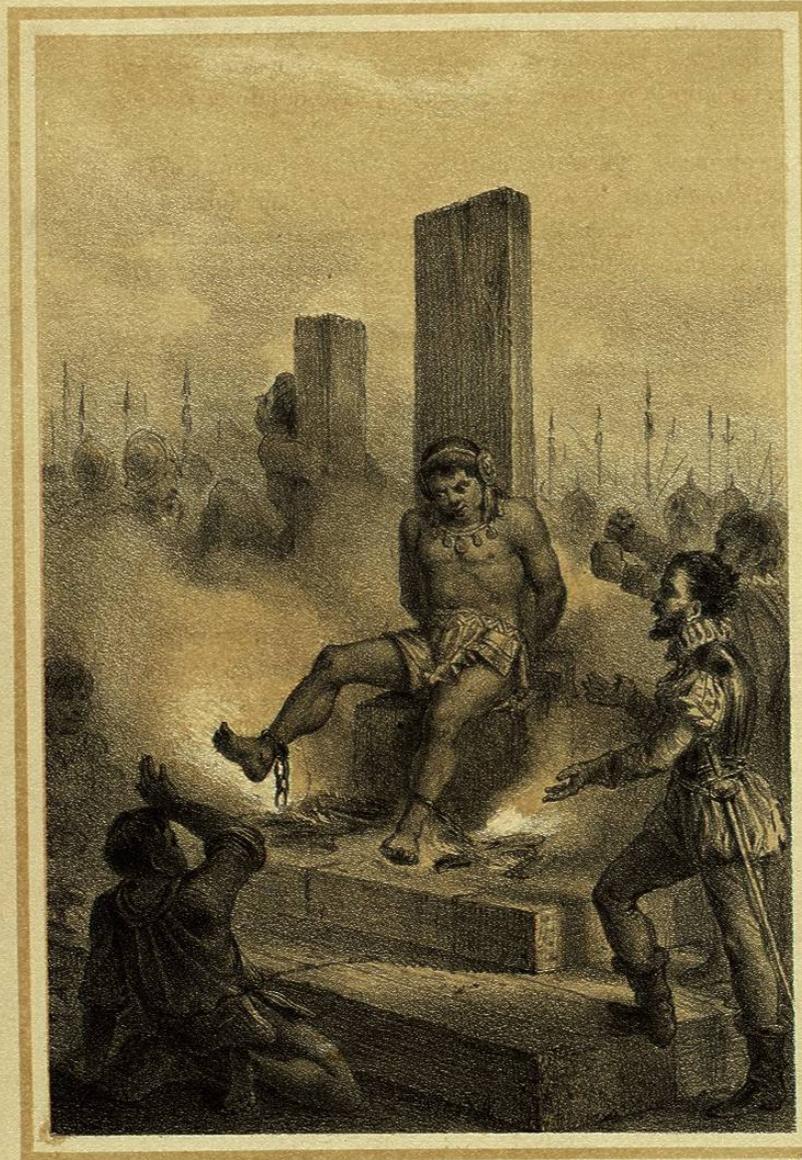
Tiempo es aquí de manifestar que no trajo á los conquistadores ni el patriótico deseo de engrandecer á la España, ni el mas santo de atraer á la civilización y al cristianismo á los pueblos lejanos de la América: trájosles, sí, la sed de oro, que siempre impele á los audaces á acometer las mas descabelladas empresas, y las mas estupendas intentonas.

Para asentar lo que precede, no es necesario sostener metafísicas discusiones; bastan la historia, y el dicho de los mismos conquistadores. Bernal Diaz asegura que " el nombre de los conquistadores debiera perpetuarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de su rey y de su Dios, y por dar luz á los que vivían en las tinieblas de la infidelidad; " y agrega candorosamente: "*y tambien por adquirir las riquezas que la mayor parte de los hombres codician.*"

Pero si esto no fuese bastante para confirmar nuestro dicho, recordemos el infame asesinato de la nobleza mexicana por Pedro de Alvarado, y sobre todo, lo que vamos á referir.

Una vez preso Cuauhtemoc, el ejército, que no podía soportar ni tanto valor ni tanta grandeza en su enemigo, comenzó á llenar de pásquines las blancas paredes del cuartel general, murmurando del tratamiento que se daba al emperador, y diciendo que debería sujetársele á un tormento para que declarase á dónde había ocultado los tesoros del imperio. Negóse al principio Cortés á acceder á tan bárbaras pretensiones; pero, ú obligado por sus compañeros, ó codiciando él mismo una parte de las riquezas que se descubrieran, condescendió con sus soldados, y Cuauhtemoc fué conducido al lugar del suplicio.

Niegan Bernal Diaz y otros que Cortés autorizara esta acción cobarde; pero ¿podía pasar oculta, siendo el mismo Cor-



P. MONROY, DIB.^o

LIT. DE H. IRIARTE.

S. HERNANDEZ, LIT.^o

SUPLICIO DE CUAHUTIMOC.

tés el guardian del emperador? ¿Así se cumplía la promesa de tratarle con respetuosa consideracion? ¿En dónde se habia refugiado la hidalguía española? ¿En dónde la justicia y el deber?...

Cuauhtemoc, con su compañero y amigo el señor de Tlacopan, fué amarrado á un tronco de árbol y hacinadas á sus pies materias combustibles, derramándose para mayor tormento aceite hirviendo sobre sus plantas calcinadas. ¡Oh barbárie!

¡ Quien habia soportado todos los horrores del mas espantoso sitio, quien habia llevado su decision hasta casi morir de hambre para no entregarse á sus enemigos, no era fácil que en el tormento mostrase cobardía alguna, y el suplicio se hizo prolongar, sin que de los labios del emperador brotase ni un suspiro ni una queja, mostrando, por lo contrario, tanta energía, que al decirle su compañero de tormento:

— “ ¡ Cuauhtemoc, mira lo que sufro ! ” le contestó el emperador sonriendo:

— “ ¿ Y yo, estoy sobre un lecho de flores por ventura ? ”

Nada pudieron arrancar de los desgraciados que habian sido así sujetados á tan crueles tormentos, y que solo sirvieron para demostrar la bárbara estupidez de los verdugos, y el ánimo esforzado de las víctimas.

Ignoramos cómo nuestra pluma ha podido describir sin que el pecho estallase de indignacion, tan bárbaras escenas: aunque en nosotros circule sangre española: aunque debamos á la conquista lo que somos, y los débiles pasos que durante tres siglos intentamos en el camino de la civilizacion, hay en los corazones mexicanos mayor cantidad de conmiseracion y de hidalguía, y cuando sabemos los sufrimientos de los últimos é infelices monarcas del imperio azteca, no podemos, nos es imposible dejar de reprobar la conducta de los que tan bárbaramente emprendieron la conquista, por mas que estos hayan sido nuestros padres!